BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA GALLEGA

Año XXI | *Coruña, 1.º de Julio de 1926* | Núm. 184

DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

LA GÁNDARA DE PIÑEIRO

Sabido es de cuantos, siquiera sea someramente, conocen las heroicas hazañas por Galicia realizadas en la guerra contra el Gran Capitán del siglo XIX, que en las inmediaciones de Lugo, a la misma vista de sus murallas romanas, libráronse en los días 18 y 19 de Mayo de 1809 dos jornadas gloriosas para nuestras armas. Los historiadores de aquella epopeya nacional apenas hacen otra cosa que citar, como de pasada, la batalla de Lugo, como ellos la llaman; en Lugo, a su vez, se habla como de cosa tradicional y un tanto vaga —¡y han transcurrido poco más de cien años!— de la acción de la Gándara de Piñeiro. Todo es uno y lo mismo; y todo, a estas alturas, se nos ofrece como algo desvaído, inconsistente y nebuloso a través del tiempo. Y cuenta, sin embargo, que en los documentos oficiales, en las proclamas de los caudillos y en las páginas de los periódicos que por entonces se publicaban, citábanse aquellas jornadas de gloria al par de otras tan resonantes como las de Puente Sampayo, Vigo, Compostela, etc., concediéndoles igual importancia y valer.

A subsanar lo que ya va rayando en injusto olvido, se enderezan estas páginas, en las que quiero recoger cuantas noticias puedan contribuir a hacer resaltar la importancia de aquellos hechos de armas, librados a las mismas puertas de la vieja *Lucus*. Poco conocidos los unos, completamente inéditos los otros, no han menester ampliación alguna por parte del compilador que hoy los saca a la luz de la publicidad. Entre sí se completan, constituyendo la más exacta descripción, la visión más completa de aquellos dos días merecedores de perpetuo

recuerdo. Ni siquiera turbará la austera elocuencia de los relatos, que van a ser transcritos, el más liviano comentario.

Y así, entrando en materia de lleno y desde luego, comenzaré copiando lo que el general Mahy escribía al Conde de Maceda, desde su cuartel general de la Gándara, cuando aun no se había disipado en los aires el humo de la pólvora ni extinguido el eco de los últimos cañonazos.

«... debo participar a V. E. —escribía— que, hallándome en Meira (1) dispuesto a marchar para tomar posición en línea defensiva con el ejército de Asturias, llegó noticia de que un cuerpo fuerte de franceses se dirigía por Sestayo (2), acaso para hacer un reconocimiento general, como acostumbran, para aparentarnos mayores fuerzas de las que tienen. Dispuse que la vanguardia y primera división se dirigiesen a aquel punto, y yo con la segunda división me dirigí hacia Loentia (3) para proteger a los generales Mendizábal y Pol. A cosa de las dos de la tarde advertimos los enemigos, y a breve rato se dirigieron a reconocernos y atacarnos pensando que no teníamos más fuerzas que las que presentábamos; pero el general Taboada, comandante de la segunda, había dispuesto oculta la mayor parte, de modo que, a breve rato les caímos encima con todas las fuerzas y los perseguimos hasta las inmediaciones de San Pedro de Arcos (4). En la mañana de ayer fuimos atacados, habiendo recibido los enemigos algún refuerzo; pero la segunda división sola, al mando de su digno jefe Taboada, compuesta en la mayor parte de conscritos que no se habían aun fogueado, los rechazó y persiguió por los puntos más defendibles, con entera humillación de los enemigos, hasta la Granda de Lugo, donde, al abrigo de la plaza y de caballería se rehicieron; y por la tarde, reunidas las tres divisiones, sostuvimos y ganamos una acción campal que ha llenado de honor a toda esta tropa. Los enemigos tenían más número de cañones que nosotros y de mayor calibre; ellos hicieron un fuego infernal y sostenido, creyendo que lograrían dispersar y deshacer nuestras columnas; mas éstas sufrieron el fuego sin la menor emoción, y atacaron con una seguridad y denuedo sin ejemplo, hasta encerrar a los enemigos en la plaza. Estos han tenido tiempo para componer

---

(1) Ayuntamiento perteneciente hoy al partido judicial de Fonsagrada, al N. E. de Lugo.
(2) Sistallo, parroquia del Municipio de Cospeito, en el partido de Villalba.
(3) Feligresía del Ayuntamiento de Castro de Rey, en el partido de Lugo.
(4) Parroquia del Ayuntamiento de Otero de Rey, limítrofe con el Lugo, en el partido de la capital.

las murallas de Lugo, de modo que sin artillería, a lo menos de 12 o de 18, no podemos comprometer estas reliquias que la Providencia Divina conserva para nuestra redención; por lo que, aunque se les ha intimado dos veces con energía, tenemos que abandonar la empresa de entrar en Lugo, y nos vamos a acercar a Mondoñedo, y por el pronto a Villalba, para recibir al mismo tiempo los socorros que nos remite el Sr. General en jefe, de vestuario, dinero y armas, estando, al mismo tiempo, en disposición de dirigirnos al Ferrol, Coruña o donde convenga. Lo que estimaré a V. E. haga saber al general la Carrera para su gobierno.

»Vuelvo a repetir a V. E. que no hay tropa más sobresaliente y serena que la nuestra, y que los gallegos, de que se compone en la mayor parte este pequeño ejército, no son inferiores a la mejor tropa del mundo.

»Dios guarde a V. S. muchos años.—Cuartel general de la Granda de Lugo, 20 de Mayo de 1809.—*Nicolás Mahí*».

***

Fernández Neira, que anduvo envuelto en toda aquella campaña, describe también, en sus *Proezas de Galicia*, escritas en el idioma regional, aquellas brillantes jornadas; y, aunque con la traducción pierdan sus párrafos su natural encanto, como no es este un trabajo exclusivamente literario, habrá de perdonársenos que lo reproduzca vertido al castellano lo más literalmente posible:

«Vinieron —dice—, los franceses a esperarnos muy ufanos; pero tales fueron los encuentros que tuvieron con la segunda división y con la caballería, que apretaron a correr hacia Lugo, y allí, en un sitio muy ventajoso para ellos (como acostumbran), hiciéronse firmes con la artillería. Llegamos nosotros a cosa de las dos de la tarde y lloviendo; los indignos dan comienzo con un fuego de cañón, tan vivo, que de un disparo nos barrieron tres paisanos juntos. Pero ¿has de creer por eso que se acobardaron los nuestros?... Al contrario; cerraron el flanco, tan acertadamente que había para reirse de la tropa más veterana, y yo me quedé admirado cuando antes, en las marchas, todo se les volvía a muchos cobardes quedarse atrás... pero en esta ocasión me convencí de que todo ello era motivado por los trabajos y miserias. Después que los enemigos hicieron la primera descarga, animados los nuestros por Mahy, que se mostraba a la cabeza gritando: «*Viva Fernando VII, Religión y Patria*», arrojámonos sobre ellos, con tal furia

que ni los lobos nos ganaban, y la presteza con que la artillería maniobraba más parecía cosa divina que humana. Viéndose así burlados y que si se descuidan no escapa ni uno solo, echaron a correr hacia Lugo, como las ovejas cuando el zorro las persigue; cierran las puertas y nosotros los cercamos dentro, en términos que nuestros centinelas estaban hablando con los suyos, diciéndose trescientas mil pestes. Intimóseles la rendición, pero no quisieron entregarse, porque tenían trazado lo que voy a contar. Pensando que nuestra tropa estaba descuidada, salen al tercer día de sitiados, desesperados ya, con tal ímpetu, que a no ser nuestro valor y la diligencia de los jefes, puede que nos hicieran correr; y de repente volvemos a pegar con ellos, dándoles tal soba que se volvieron a encerrar dentro, con ánimo ya de entregarse, después que lanzaron una buena granizada de balas, una de las cuales produjole una pequeña contusión al general Mendizábal. ¡Si vieras acudir paisanos armados, para ayudarnos y traer raciones! Vamos, que era un asombro aquello. Esperaron a la primera noche para quemar las casas de los arrabales, con otras cosas, de manera que no parecía sino que ardía la ciudad, cuando, en este estado, llegó un espía nuestro (que nunca apareciera), diciendo que Soult venía de Portugal con doce mil hombres y que ya estaba cerca. Entonces, como nuestras fuerzas eran escasas (y no sabíamos que venía derrotado como venía, pues de otro modo no se nos escapaba), trató el Sr. Mahy de retirarse a Villalba, como lo hicimos, y supimos que al día siguiente fueron a nuestro campamento los franceses, quemaron las barracas, mataron los soldados que encontraron cansados y enfermos, y cometieron otras mil terribles perrerías en aquellos lugares».

***

Pero donde más por extenso se describen las jornadas de la Gándara es en el parte oficial que el mariscal de campo D. Francisco Taboada y Gil, dirigió al Excmo. Sr. D. Nicolás Mahy, y que trascribo íntegro del periódico *El Patriota Compostelano*, números del 17 y 18 de Agosto de 1809. Dice así:

«Excmo. Sr.: — En el día 18 del próximo mes pasado de Mayo, salí, al amanecer, con la segunda división de mi mando de Meira, en vista de orden de V. E., a Loentia, en donde tomé posición con las tropas en la altura que allí hay, como V. E. vió al paso, y a la una y media recibí orden para adelantarme a Santa Lucrecia (1), desde don-

(1) Es error, debiendo referirse a *Santa Leocadia*, otra parroquia del Municipio de Castro de Rey.

de se avistaban los enemigos, lo que ejecuté inmediatamente, y colocado en el puesto se formaron tres columnas cerradas en masa, cubriendo los puntos que se contemplaron necesarios, colocándose la artillería en el sitio más ventajoso a ofender al enemigo. Se despacharon las compañías de tiradores por los flancos y cañadas, ocultándolos según lo permitía el terreno, y la caballería en un llano que había, apoyada de una columna de infantería. Todos los caballos de los oficiales se hicieron montar por los asistentes y formar en una altura, como cuerpo de reserva; y viéndose que la caballería enemiga, protegida de infantería, iba a rechazar nuestra caballería, se rompió el fuego de artillería de los tiradores nuestros, reforzándolos con las partidas de guerrilla que estaban nombradas, pero con tal acierto, que así la caballería nuestra como el fuego de las partidas consiguió tal fruto, que luego puso en retirada al enemigo por las alturas y puntos más ventajosos, siendo de todos echado y perseguido, protegiendo a los expresados tiradores y partidas de guerrilla con las columnas, de suerte que cerca de dos leguas se fué desalojando al enemigo de todas las alturas que tomaba, cargando en retirada sin que pudiese recoger ni ocultar todos los cadáveres que dejaban en el campo, hasta que, llegada la noche, suspendí la acción, con arreglo a las órdenes que recibí de V. E. a la cabeza de mis tropas, y porque el enemigo ya no se veía, tomando en aquella noche todas las precauciones correspondientes en semejantes casos.

» Al amanecer del día siguiente, estando formando mi división en el punto de reunión que V. E. dispuso, para aguardar la vanguardia y primera división, que estaban dos leguas distantes, recibí parte verbal de la avanzada de que venía el enemigo, y sin intermedio oigo romper el fuego: al instante despaché al regimiento de León a tomar una altura, a que ví se dirigía el enemigo, y con tal aceleración lo ejecutó el teniente coronel D. José Ollorqui que lo mandaba, que ganó este regimiento dicha altura, batiendo completamente al enemigo. Al ayudante general D. Francisco Losada dispuse fuese por el costado derecho con una columna que iba sosteniendo las partidas de tiradores y guerrilla: el ingeniero D. José Velarde pasó por el costado izquierdo a ejecutar lo propio, y al ayudante segundo D. Benito Argüello mandé dar parte a V. E. de todo, trayéndome la contestación de que siguiese mis operaciones. Así lo ejecuté con mis edecanes D. Antonio Losada y D. José Taboada y el ingeniero D. Diego Tolosa, que distribuyeron mis órdenes con la mayor actividad, haciendo servir las municiones en tal conformidad que todos las tenían sobrantes, y yo recorriendo, así

el centro como los costados, viendo el ardor con que acometían las tropas y el acierto con que los jefes y oficiales desempeñaban su deber arrollando al enemigo, que precipitadamente huía, en tal conformidad que en pocas horas me puse con la división a media legua de las murallas de Lugo, tomando la altura de la Gándara, en donde, replegada la división, hizo alto para refrescar y tomar descanso, aguardando a las otras divisiones que venían inmediatas.

»El enemigó tomó posesión en otra altura próxima, y así me mantuve hasta que llegó la primera división, que se colocó en el centro, y a la derecha la vanguardia y caballería, y llegando V. E. con el Mayor general y demás oficiales del Estado mayor, tomamos la posición que se nos ha prevenido a las divisiones, formando dos batallas con sus columnas cada división, avanzando partidas de guerrilla, cubriéndose los flancos por tropas ligeras y tiradores; y roto el fuego por la artillería de los enemigos (de calibre de a 6) que tenían oculta, correspondió el de la nuestra (que era de a 3) dirigida con mucho acierto y viveza por los oficiales de artillería Munárriz, Saravia, Zarandia, Barco, y otro que nombraré en sabiendo su nombre, o apellido; de suerte que aunque dicho fuego, que muy vivo hacían los enemigos, sembraba de bajas nuestras columnas, como que una mató al teniente coronel de León, manifestó nuestra tropa mucha firmeza y constancia, ofendiendo notablemente al enemigo el fuego de las tropas ligeras, tiradores y guerrillas, como V. E. reconoció, animando con sus aclamaciones a la tropa, la que correspondía victoreando a V. E.; y luego que dió la orden V. E. de que avanzásemos, poniéndose al frente con el Mayor general y demás de su Estado, sin detenernos, desplegando las banderas con las músicas y tambores, marchando al frente con el mejor orden, siguiendo las batallas y columnas a V. E. y a los generales de ellas; y la caballería que manda el brigadier D. Juan Caro, acometiendo a galope se logró desordenar y poner en huida al enemigo hasta las puertas de Lugo, con mucha pérdida de su parte, encerrándose precipitadamente en dicha ciudad, *por no tener los vecinos la precaución de cerrar las puertas, con sentimiento de nuestras tropas que a voces pedían escalas para subir la muralla,* según V. E. experimentó (1).

»El ayudante general D. Francisco Losada, así el primer día como el segundo, activó la colocación de las tropas, y aunque el caballo le arrojó, espantado del fuego, siguió a pie con la misma actividad, des-

(1) De intento he subrayado estas palabras, porque ellas dieron motivo a la extensa y razonada protesta del Ayuntamiento de Lugo que se publica más adelante.

empeñando completamente su deber, como igualmente el 2.º D. Benito Argüello, y los arriba referidos ingenieros y edecanes, recorriendo las partidas de tiradores y guerrilla. Al sargento mayor de granaderos D. José Santocildes le dí el mando de los tiradores de la derecha, el que sostuvo con ventaja hasta que fué herido de una bala, y lo reemplazó el teniente coronel D. Francisco García Flores, sargento mayor de Pontevedra, cumpliendo su deber; el coronel de Sevilla don José Imaz con su regimiento, y el comandante principal de Marina D. José Meneses, sostuvieron con firmeza el flanco izquierdo hasta Lugo; el coronel de Toledo D. Nicolás Darconot y del Rey D. Felipe Berenguer, igualmente el de batalla y columna del centro, como los comandantes de Mallorca D. Luis Pizarro, de Hibernia D. Ricardo Butler, y el de Lugo D. Pedro Guerrero. El comandante de las compañías de tiradores D. Juan Arjona, capitán de Toledo, se ha distinguido en el buen orden con que dispuso las tropas y avanzó al enemigo, por lo que le contemplo acreedor a las gracias que se le quieran dispensar, lo mismo que a todos los oficiales empleados en las partidas de tiradores, y señaladamente al teniente D. Pedro Mercado, y al subteniente D. Francisco Saireo Pimentel, que mandaban la del provincial de Santiago; al teniente D. Fernando Montenegro, comandante de la de Lugo, y al teniente D. Antonio Morgado del regimiento infantería de Toledo, que habiendo llegado de desempeñar la comisión de la observación de los enemigos, inmediatamente se prestó voluntario a avanzar con una partida de guerrilla a la puerta de San Pedro de Lugo; de suerte que a V. E., como a mí, no nos queda el menor escrúpulo de lo completamente que llenaron su deber los oficiales de todos los cuerpos, haciéndose merecedores de las gracias que quieran dispensarles, y lo propio al valor y bizarría de la tropa, que *sin haber percibido en dos días pan alguno,* supo con tanto espíritu batir al enemigo.

»Remito a V. E. las relaciones que hasta ahora me han dirigido los cuerpos, pues aunque faltan las de algunos, no quiero retardar este parte, que más antes hubiera dado, si no fuera por las circunstancias de las marchas, esperando de la bondad de V. E. lo eleve a noticia de nuestro Excmo Sr. General en jefe (1) por si tuviese a bien publicarlos para que a la Nación y familias les conste las victorias de este ejército, y las que espera conseguir contra las falsas voces del enemigo, que quería alucinar a las gentes con la idea de que no asistía,

(1) El Marqués de la Romana.

con lo más que a V. E. le parezca y estime justo.—Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general de Vilariño 5 de Junio de 1809.—Excelentísimo Señor.—*Francisco Taboada y Gil.*– Excelentísimo Sr. D. Nicolás Mahy».

MANUEL AMOR MEILÁN.

(Continuará).

ESTUDIO BIO-BIBLIOGRÁFICO-CRÍTICO ACERCA DE ROSALÍA DE CASTRO

(SU VIDA Y SU OBRA)

LA VIDA DE ROSALÍA

(Continuación)

V

Los encantos juveniles fueron fugaces. Rosalía apenas disfrutó de los goces y ensueños de esa quimera que se llama *edad dorada.*

El dolor, que la había elegido para morada, parece que se complace en perseguir a los que, física o intelectualmente son precoces. Para nuestra biografiada así fué.

Contra lo que generalmente se cree, el carácter de nuestra poetisa propendía a lo alegre y risueño. Si en su musa se nos muestra más que regocijada y humorista, triste y apenada, es porque refleja en sus cantos el sentimiento predominante en la raza y porque las penas y contrariedades de la vida modificaron su especial modo de ser.

No bien niña, se encontró ya mujer, por el desarrollo físico, —a los diez años era completo—, por el sufrimiento y por el dolor, crisol donde las almas se hacen fuertes o sucumben.

Con sus pocos años, al borrarse las escasas alegrías que alumbraron su juventud, asomaron los cuidados, las penas y las ansias de la vida.

Alta, no muy delgada, rubia, más mujer por el cuerpo que por los años, en sus ojos castaños y profundos descubríase una vaga y misteriosa melancolía. De precaria salud, como casi todos los seres superiores, su amplio espíritu no cabía en la materia que lo encerraba (1).

(1) Propensa a las pulmonías, sufrió cinco o seis, pero no fueron éstas la causa de su muerte.

De todo su ser emanaba profunda simpatía. De nobles ademanes, graciosa por naturaleza y suelta en todas sus actitudes, su dulce voz aumentaba, más que su belleza física, realzada por un busto prominente, lo interesante de su figura y se hacía cada vez más atrayente en el trato por su afabilidad y sencillez.

Los que tan sólo la recuerden por el retrato que de ella conocen —pues siempre fué refractaria a reproducir su imagen— encontrarán hasta diferencia entre lo que fué en realidad y lo que de ella aparece. Por eso el ilustre *Azorín*, ese enamorado de la memoria de Rosalía, pudo escribir: «Al contemplar su retrato, los que no la hemos conoci»do, nos figuramos una mujer sensitiva y melancólica. Tiene el poeta »unos ojos expresivos; su boca es grande; unos rizos caen sobre la »frente, y en el gesto, en la inclinación de la cabeza, en la mirada, en »las comisuras de la boca, flota un ambiente de resignación, de triste»za, de anhelo insatisfecho» (1).

Este retrato se hizo un año antes de morir Rosalía y cediendo a los deseos de sus hijos que querían poseerlo. Ella, refractaria a que se reprodujera su imagen, no quiso privar de este gusto a los que tanto adoraba (2).

Nadie al verla, poco antes de su muerte, podía figurarse que estaba herida tan gravemente, pues su aspecto no denunciaba la terrible enfermedad que había de llevarla al sepulcro.

Era su trato, como mujer benévola y sencilla, todo bondad y ternura, especialmente para con los humildes, y predispuesta al perdón para todo defecto ajeno, como alma cristiana.

Modesta y afable, enemiga de brillar, y lejos de toda ansia de exhibición, no ambicionaba los elogios ni que le rindieran pleitesía; pero fuerte y enérgica, a pesar de su debilidad, para todo infortunio y para toda injusticia u ofensa a su dignidad.

Revela bien su carácter el siguiente sucedido. Durante una de las frecuentes ausencias de su esposo, motivadas por sus trabajos de investigación histórica, corrieron alarmantes rumores acerca del estado de salud y de recursos de Rosalía y su familia. Conocidos en la Habana, el patriótico Centro Gallego dispuesto siempre a toda obra gran-

---

(1) Artículo sobre *Rosalía de Castro*.

(2) En la reproducción a que aludimos del mismo se ve en lo alto al malogrado Ovidio, a quien tiene abrazado su padre. La muerte impidió que Galicia contase con el paisajista que espera para revelar sus múltiples bellezas. Puede verse dicha reproducción en el número 125 de este Boletín, año de 1918.

de y generosa, comisionó a dos señores para que visitasen a la insigne poetisa y se ofreciesen a ella, para todo, en nombre del Centro.

Cumplieron los comisionados su delicada misión, y la fuerte y abnegada Rosalía, después de agradecerles vivamente su interés, les contestó: *que mientras viviese su marido nada precisaba.*

Así y todo, el benemérito Centro Gallego, de una manera digna y decorosa, atendió seguidamente, como se proponía, a la abnegada y heroica mujer.

Con los humildes era afable en extremo. De ahí la exclamación de la mendiga de Padrón al ver sacar el cadáver de la casa mortuoria.

—Eu nunca vin á vela que me non acompañase hastra a porta da horta.

Y al decirlo, lloraba, recordando aquella alma tan buena.

VI

Bien joven, por contratiempos de la suerte, vióse alejada de su tierra y del calor del hogar propio, privada de los afectos, consejos y cariños maternales, bajo unos cielos que no eran los de su patria y gestionando la revocación de una injusta providencia que privaba a los suyos de su fortuna. Aun cuando el cariño de una hermana de su madre y de una de sus primas más queridas (1), por ser ambas de una misma edad, mitigaran aquellas ausencias, bien pronto sintió abrirse en su corazón, huérfano de otro corazón gemelo, que ningún otro puede sustituir al de una madre en quien depositar sus confidencias y desahogar sus penas, la profunda herida del desencanto, y las galas de una prematura juventud, huyeron despavoridas ante la fría y triste realidad.

Quizás hubiera sido mejor para la triste Rosalía, que en la revolución de 1856 que agitó las calles de la Corte, el bárbaro, que, al verla asomada para saber lo que ocurría, intentó hacer blanco de su cuerpo, hubiera acertado. Así hubiérase librado la infeliz doncella de las grandes amarguras que la acechaban, aun cuando Galicia no pudiera envanecerse con su nombre. No vale la gloria las lágrimas del sufrimiento de una mujer.

En la tenaz melancolía de sus horas solitarias, de esa áspera soledad del corazón, en esos momentos de místico recogimiento en que se siente como llora el alma y en los que tanto trabaja el pensamiento y que tanto y tan considerablemente influyen en nuestra vida, fué cuando el ángel del dolor la hirió implacable con sus negras alas.

(1) La que fué madre del distinguido periodista y escritor Alejandro Pérez Lugín.

En esos momentos de desaliento, que parecen eternos, tan lentos y duraderos son, cuando el solo refugio y la única esperanza que nos resta es pensar en las dulzuras de la paz que se hallará en la muerte, fué cuando, cual ave fénix, de entre las cenizas del pasado, sintió de nuevo alentar en ella su exquisita sensibilidad poética, y los afectos, sentimientos y ternuras que se ahogaban en la cárcel misteriosa de su corazón, hallaron salida y se tradujeron en maravillosas y aladas estrofas que volaron por el mundo con el título de *La Flor*, impresas en Madrid, en 1857, y que merecieron entusiastas y justas alabanzas de la crítica.

VII

Fué Murguía, que entonces colaboraba en *La Iberia*, uno de los que alabó cumplidamente a la autora de *La Flor*, a la que no conocía. Quiso ésta dar personalmente las gracias al crítico por lo benévolo de sus juicios, e hizo que un amigo de ambos se lo presentase.

La simpatía que debía unir misteriosamente a dos jóvenes literatos que se hallaban como en extraña tierra, primeramente, y luego otro más dulce e íntimo sentimiento, hizo comenzar el idilio de dos corazones románticos y soñadores que había de ligar con lazo indisoluble y amoroso, las vidas de estas dos futuras glorias de Galicia.

En Madrid, en 1858, contando Rosalía veinte años, contrajo matrimonio con nuestro insigne historiador. Al hogar paterno sustituyó en edad bien temprana el nuevo hogar de la familia que se creaba.

«Desde entonces —dice Murguía— una es la voluntad y uno el »amor bajo este techo, visitado por cuantas aflicciones pueden caer »sobre las almas heridas perpétuamente. Solos nos dejó la madre que»rida, y solos también aquel hijo amadísimo que no vivió más que el »tiempo necesario para hacer en nuestro corazón eterno el recuerdo, »inconsolable la pérdida. Entre estos dos sepulcros un mundo de con»trariedades. Breves los días de Sol, aladas las dichas, fugaces las ale»grías, sólo constantes los rigores de la fortuna» (1).

A consolarlos en estas amarguras vinieron los nuevos frutos de su amor, frutos que no desmerecieron de su ilustre progenie (2). La mayor

(1) Ob. cit., página 181 y siguientes.

(2) Uno de ellos, Ovidio, malogrado en lo mejor de su vida, hubiera sido también una legítima y pura gloria de su tierra, pues, como ningún otro, supo trasladar al lienzo, en el que reflejaba todos sus encantos y toda «la poesía interna y melancólica de *Follas Novas*». Prudencio Rovira, artículo en *El Español* (7 Mayo 1899).

Rosalía no llegó a sufrir esta nueva desgarradura en su alma. El pobre padre, ¡oh ironía de la suerte!, vió morir a su hija el mismo día de su fiesta onomástica, el 1.° de Enero de 1889. ¡Cuán terrible y doloroso recuerdo para sus últimos años!

felicidad de Rosalía fué en aquellos dichosos días en que todo su cariño, todo su cuidado se cifraba en criar y educar a sus hijos, cuidado que no confió jamás a manos mercenarias.

Aquéllos pagaron sus desvelos a la cariñosa y amantísima madre, siendo ya que no «corona de su ancianidad», el «consuelo de sus últimos días».

EUGENIO CARRÉ ALDAO.

(Continuará).

PREHISTORIA GALEGA

O NEIXÓN

(Continuazón)

O Castro Grande.

A parte central e mais outa da punta do Neixón, áchase ocupada pol-o Castro Grande, que fica desviado do Pequeno 130 metros. A sua feitura é sinxela y-encaixa inteiramente n-un dos tipos mais correntes nas costruzóns castrexas galegas.

Ten un soilo recinto, de forma tirando a circolar e disposto n-unha costa lene, que vai de Oeste a Leste, medindo 81 metros de Leste ó Oeste, e 72 de Norte ó Sul, atopándose fornecido en toda a sua volta d'un aterro a cuio pé correu en tempos un foso dos que quedan ainda moitos vestixos (fig. 14).

O aterro, pino d'abondo, ten a sua máisima outura na beira do Oeste, onde atingue ós 8 metros, baixa despois ós 5 pol-o Norte e pol-o Sul, érguese deica ós 7 no Leste, e case desaparece no Norleste, onde non chega ós 2 metros. Tiña mau d'este aterro un socalco feito con pedra esquistosa, que os seus costrutores deberon arrincar d'unhas penedías qu'afroran no meio do recinto, e atópase hoxe baixo unha camada de terra. Mais da sua existenza díronnos noticia os veciños de Nine, que de cote aproveitan os seus cachotes.

O foso, de 6 metros de ancho, e o parapeto de 7 d'outo dend'o interior, e de 2 d'espesura, áchase ben patente na beira do Oeste, esmorecéndose nas outras de tal xeito, que somentes se dexergan siñás do primeiro pol-o Sul e o Leste, tendo desaparecido por compreto os vestixos do segundo, si é qu'en realidade eisistíu outrora.

Semellante desigualdade na manitude das obras defensivas, non coidamos sexa debida ó irregular traballo de destruzón dos homes e do

tempo, parecéndonos ter a sua orixe na antiga disposición do castro, xustificada pol-a topografía do terreo.

Abonda unha ollada ó mapa da figura 1, pra se decatar aixiña de qu'o lugar mais esposto no caso d'un ataque, é o que mira car'o Oeste, que é por onde o Neixón avencéllase ensanchándose, co-as bisbarras do interior. É alí soilamente ond'o terreo permitía a costruzón d'aterros, o emprazamento de máquinas, o acocho d'arqueiros e de fondeiros e o doado desenvolvemento das forzas asaltantes. Pol-o Norte e pol-o Sul, fica o mar, arredado moi poucos metros dos muros, ó xeito d'un excelente foso, e calquera intento d'impugnazón pol-o Leste, estaría sempre noxado po-la estreiteza do sitio, mais nin por elo descoidaron os costrutores do castro a defensa d'esta beira, tanto com'as d'aquelas que o mar protexía, erguendo pro caso considerabremente a outura do aterro.

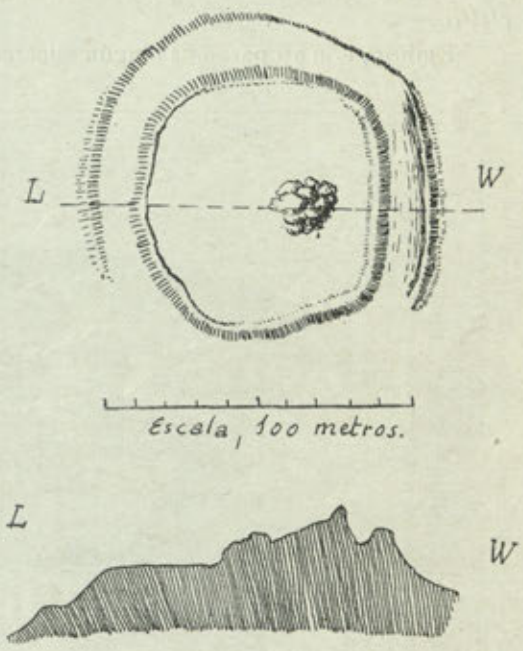

Figura 14

E ainda outra circustanza ven arriestral-o noso parecer. É pol-o Oeste onde con mor intensidade se ten tirado a pedra do socalco, e na fotografía da figura 15, pódense ollar craramente as rodeiras dos carros que rematan ó pé do foso, i-embora iste labor d'esborrallamento, é alí ond'o foso é mais fondo, o aterro mais outo e mais rexo o parapeto.

Coidamos pol-o tanto que as desigualdás na disposizón das defensas d'iste Castro, pódeselle atopar unha espricación d'orde militar, cousa que non ocurre co-as verdadeiras anomalías que n-outros moitos s'ouservan, debidas sin dúbida a esborrallamentos sistemáticos feitos na época romana e que fixeron matinar a Barros Sibelo (1), se se trataría d'obras non rematadas.

(1) *Antigüedades de Galicia.*

O recinto interior do Castro Grande áchase sementado de cachotes de grandor variabre que presentan unha labra tosca, d'anacos de *catillus* e de *meta*, e tamén de *tégulas* e *imbrices*.

En precura d'alicerces d'habitaciós, ou d'algún ouxeto carauterísteco, praiticamos n-iste recinto duas zanxas esproratorias, atopando soilo cachotes imitantes ós da supreficie, moitas tégulas e poucos anacos cerámicos caseqne todos feitos a mau, lisos e de tipo castrexo e soilo un, de coor avermellado, sen polido nen barniz, con siñás da roda do oleiro.

Embora non atopáramos ningún alicerce, é indubidabre que o recin-

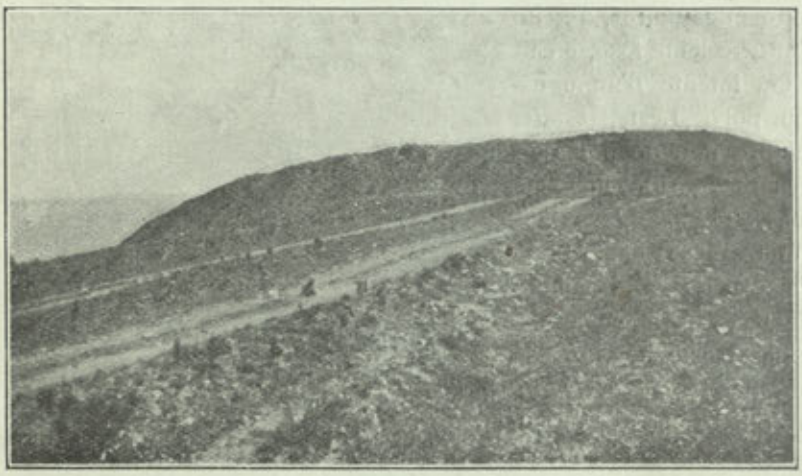

Figura 15

to d'iste castro debeu conter casas de pedra, abondando pra indicalo a fartura de cachotes que s'ollan no seu chan e qu'atopamos atuados e amostrando as tégulas e os imbrices, que pra cobrir algunhas das habitaciós, desbotárase xa o colmo e os canizos enlamados.

Algunhas considerazós en col do Castro Grande.

Tendo en conta o conxunto dos carauteres expostos o Castro Grande pode crasificarse doadamente coma unha citania con elementos de romanizazón, de data inmedatamente posterior á morea denates estudada, e que representa sen dúvida un troque d'habitat e de costumes na poboazón do Castro Pequeno, a coal n-unha época que, por falla d'achádegos caraiterísticos, non podemos sinalar con esaititude, desprazouse

car'o interior do Neixón en precura do terreo axeitado prá construzón da sua cividade forte.

Semellante troque d'habitat e de costumes debeu ser provocado por un costante estado de guerra, qu'obrigou ás xentes que por entón vivían en lugares abertos a se precurar acocho tras de murallas e parapetos. Qu'iste estado de cousas pesaba en col da Galiza pouco tempo denantes da conquista romana, sabémolo por Strabon, i-embora non tratemos de tirar d'istes feitos secuenzas d'orde xeral, faremos ouservar qu'un desprazamento semellante ó do Neixón foi notado tamén no Monte de Santa Tecla, onde D. Ignacio Calvo atopou vestixios d'unha cultura anterior á imperante na citania, fora dos seus muros e nas camadas fondas do recinto entr'elas comprendido.

Non pretendemos nin moito menos fixar pol-a soila menzón d'istes datos a época inizal dos castros galegos, probrema no coal non se poderá dexergar craramente ata qu'as esprorazós coidadosas e metódicas se non repitan de xeito considerabre, mais faremos notar así e todo, qu'a maor parte das construzós castrexas galegas téñen a mesma forma e idénticos elementos defensivos (foso, aterro e parapeto) qu'a pequena citania do Neixón, elementos que non deixan de seren os mesmos embora se multipriquen n-algús casos, sendo tamén dino de consinarse qu'os castros portugueses que forneceron d'abondo restos de cultura eneolítica, e que por certo localízanse preferentemente nas terras d'alen Douro, ou non tiñan ningunha defensa (Outeiro d'Assenta), ou apareceu dubidosa (Rotura), ou reducíase a un sinxelo valado semicircolar ou circolar (Chibannes e Castello de Pavia).

É posibel que se se tiveran precisós esaitas en col do lugar dos achádegos de moitos ouxetos castrexos pertenecentes a épocas anteriores ó noso posthallstáttico, poidêramos comprobar qu'o seu iacimento non ficaba dentro do recinto fortificado, se non n-un lugar prosimo, o que viría fornecer escelentes paralelos a os fenómenos ouservados no Monte de Santa Tecla e na Punta do Neixón.

Non negamos a posibilidade de que na Galiza esistiran denantes da Edade do Ferro, aldeias mais ou menos fortificadas, mais o ausoluto predomiño nos castros da cultura posthallstáttica, a non eisistenza de vestixios d'outras civilizazós anteriores en moitos d'eles e a ignaldade da sua arquiteitura coa maor parte dos que nos son conecidos, fainos sospeitar qu'o seu inzamento na nosa terra aconteceu n-un período xa adiantado da civilizazón galega do Ferro e foi provocado por un cotián estado de loita e cicais tamén por un comenzo de desenrolo da vida

cibdadán, imitante ó que fixo sentir tan fortemente os seus efeitos no mundo celta pol-os anos do terceiro periodo de Latene.

Sabido é qu'as nosas aldeias son nadas en gran parte das vilas romanas e qu'istas naceron, asegún o amostrou Alberto Sampaio (1), dos antigos castros, cuia poboazón ó trocal-a espada pol-a rella non fixo mais que desprazarse unha miga, botándose fora dos lugares murados, mais ficando agarimosamente acollidos ó seu pé, e pode ser qu'iste mesmo feito tivera ocurrido outrora en moitos sitios, cando despois da invasión céltiga, as loitas de clan a clan e de tribu a tribu encheron de sangue o noso chan e obrigaron ás xentes a apreixoarse xuntamente qu'o seu haber e os seus gados en lugares dispostos pra unha resistenza armada.

Por outra parte moitos investigadores teñen notado qu'os castros e as mámoas son case de cote veciñas, embora os ouxetos que d'unhas e dos outros se tiran, perteñezan a tempos moi afastados entre si, indicando novamente iste feito unha continuidade nos lugares d'habitat, mais sen que ren indique qu'a sua forma se non trocara ó trocarse as culturas e as condizos de vida.

Da pequena aldeia aberta anterior ó posthallstáttico, pudo pasarse ó castro cinguido d'aterros e parapetos, do mesmo xeito que d'il se pasou á vila romana, mais sen s'alonxar endexamais do paisaxe familiar, sen deixar de bebel-a auga das mesmas fontes e de precurar os mesmos eidos.

O noso amor galego ó curruncho natal é cicais unha das caraiterísticas mais xúrdias do noso temperamento. Quen sabe se os progresos da investigazón non-os amostrarán craramente algún día, qu'o mesmo sentimento boligaba na ialma dos nosos abós antehistóricos, d'ises vellos abós anteriores ós romanos e mesmo ós celtas, cuio nome iñoramos, cuia lingoa descoñecemos e qu'así e todo teríanos trasmitido o seu amor á Terra, fonte de todo ben e de toda espranza.

O folk-lore do Neixón.

As lendas relativas a castros, mámoas e ainda ás fontes, son en xeral pouco conecidas. Ningún dos nosos folkloristas adicoulles aquela atenzón teimosa que puxeron na recollida de cántigas, contos e romances, e a mor parte d'elas fican inéditas, sendo imposibre enxergar con xusteza cousa ninguuha en col da sua crasificazón, orixe, localismo e valor mítico e histórico.

Pol-o d'agora, o unico que con certidume sabemos, é qu'o redor de

(2) *As Villas do Norte de Portugal*, «Portugalia», t. II, fasc. 1.

cada castro, de cada mámoa e de moitos manantiás, hai tecida unha croa de relatos fabulosos, cuios héroes son unha espezal caste de xentes que case de cote desínanse co nome de mouros. Istes mouros identificados nidiamente en moitos casos cos invasores da península e tamén relazonados n-outros cos aituaes habitantes do N. da Africa, presentan así e todo siñás ben sensibres d'unha meirande antiguidade.

É comente advertir en pirmeiro lugar que pr'o noso pobo a mourindade non é soilo o Islam, se non todo aquelo que non é cristiandade. A un home que dend'as Filipinas brincara pr'o Xapón, ouvímoslle decir que tiña andado por terras lonxanas de moita mourindade. Pra iste home coma prá mor parte dos galegos iletrados, ser mouro e sinxelamente non ser cristián, e n-iste senso aquela verba pode desinar a calquer xentil dos tempos antigos ou modernos.

Esiste por outra parte un feito, ouservado outrora por Martins Sarmento en Guimarães, que descobre con canta facilidade as lembranzas das invasós e das guerras póñense unhas no canto das outras na mente do pobo. Conta Sarmento que mais d'unha vez tiña ouvido apór a costruzón d'un castro ós soldados de Napoleón, e nós pol-a nosa parte, poidemos facel-a comprobanza do dito pol-o sabio portugués ó escoitar qu'a Rodela de Framontaos (Merca, Celanova), e as mámoas do Monte das Motas (Lobeira, Bande), foran obra de franceses e ó saber, ainda con meirande ademirazón qu'os aterros d'Outeiro de Fontefría (Merca, Celanova) foran erguidos pol-os carlistas. I-é que pr'aquiles que non teñen unha conecenza xiquera sexa rudimentar da historia, o tempo anterior ós devanceiros mais prósimos valorizase somente por acontecimentos d'estraordinaria manitude, que perdendo paseniñamente os seus caraiteres distintivos tenden a misturarse e a confundirse.

É natural qu'a longa loita da Reconquista, na que tanto interviron os galegos, deixara un ronsel fondo no esprito popular, ronsel qu'as posteriores espedizós a Africa, as incursós dos piratas berberiscos e tamen as modernas guerras marroquíes, viñeron renovar facendo qu'as lembranzas do tempo dos mouros ficaran vivas, namentras esmorecían os vestixios d'outras invasós, que coma a dos normandos magoaron considerabremente a terra de Galiza.

Diant'o mouro, nemigo de todol-os días, distinto na fala, no traxe e sobor de todo na relixón, non soilo desapareceron os outros nemigos, se non que baixo o seu nome viñeron fundirse e acocharse todol-os pobos non cristiáns. Mais ás veces i-embora unha certa tendenza a vestir a mourindade castrexa coas roupas de verdadeiros islamitas, sai do fondo dos relatos algo que nos advirte a sua verdadeira natureza orixinaria.

É asina n-algús sitios ainda s'empregan indistintamente pra nomealos as verbas mouros e xentís (1), e asina deprendimos dos beizos d'Anton Peaguda, veciño de San Lourenzo de Cañón (Celanova), qu'a cibdade de mouros d'Outeiro de Rubiós tivera grande guerra cos romanos e un home de Pereira de Montes (Merca) e outro de San Facundo (Cea), insináronos qu'os mouros foran desbotados d'Outeiro de Vimieiros pol-os romanos e que perto do castro de San Facundo, e n-un campo chamado A Matanza, os dous santos lexionarios fartaran os seus gladios de sangue d'islamitas.

Nos pirmeiros seculos do cristianismo debeuse falar e cismar moito na nosa terra en col dos devanceiros que morreran mergullados nas abominazós pagás. Galiza amou de cote ós seus mortos e seguramente non esqueceu entón a aquiles, que pol-a disparidade da relixión, pol-o misterio dos ritos sacrifizás e adiviñatorios, pol-o brilo das suas xoias áureas, pol-a saudade dos tempos vellos mais dramáticos e ceibes e dos antigos deuses ainda non esquecidos, debían ferir a maxinazón da xente facendo perdurar a sua lembranza. É foi entón sen duvida, cando os galegos xa baptizados, perdendo o senso da continuidade racial, atendendo soilo á difrenza de fés, coidáronse afastados dos abós xentís e os cumes castrexos, as mámoas e as fontes, lugares de culto e lugares de vivenda nos días antergos, escomenzaron a poboarse coas somas dos deuses, dos guerreiros e dos sacerdotes. Galiza non querendo botar ós infernos o seu pasado, prendeuno coa maxia d'un feitizo á Terra Nai.

É somentes ó pasar os curtos e terribeis anos da domiñanza árabe e das algaras d'El Mansur, despois das ruís tempadas de medo e desacougo en qu'o fogar foi trocado pol-o acocho na serra, despois das apuradas repoboazós de vilas que fixeron trasmigrar familias fondamente sedentarizadas e introduxeron no noso chan elementos vidos do sul, sería cando o mouro, prestixiado pol-a forza das suas armas, pol-a riqueza dos seus botís e tamen pol-a sabenza dos seus bruxos e dos seus astrólogos, iríase pondo paseniñamente no canto do habitante do castro, e o vello celta vestíu o albornoz e cobríu a sua testa co turbante. Mais coma xa dixemos, ás veces o turbante cai, o albornoz esgázase e baixo d'il aparez o pagán indíxena, coa sua túneca adornada de losangos, co seu escudo pequeno e redondo e coas suas pernas núas, torques no pescozo i-espada ó cinto.

É considérese tamén qu'embora os árabes e os berberiscos non tiveran endexamais unha longa demoranza na Galiza, que ll'es permitira es-

(1) Castillo. *Las Castros Gallegos*, págs. 23 e 24.

tabrecer coas xentes do pais relazós pacíficas, e qu'embora foran de cote seus nemigos, os mouros castrexos preséntanse case costantemente coma seres pacíficos ou indifrentes que nunca fan mal, ou que se o fan, non é sen motivo xustificado.

Porqu'os nosos mouros andan á nosa veira e viven entre nós. Suxetos ó poder d'un encanto, non perderon por elo a sua carne mortal, e habitan en pazos soterráneos que teñen trabés de metás preciosos e que s'atopan ateigados d'ouro e de prata e cheos de fartura e comodidade, mais qu'así e todo abandoan e ocasiós pr'amostrarse ós nosos ollos. I-é entón cando xurde a dona belida qu'á veira d'unha fonte qu'ela mesma fai brotar, pentea os seus cabelos n-Outeiro de Vimieiros ó alborexar do día de San Xoán, gardada por serpentes e por espritos tronantes; i-é a velliña ou o home qu'asoellan os seus tesouros nas pirmeiras raiolas da mañá n-Outeiro de Rubiós ou na Croa de Santa Cristiña, e as mozas que se bañan ispidas no Castro de San Facundo, ou o cabaleiro que dend'o Castriño d'Orbán vai mercar á feira unha xugada de bois.

O seu aspeito é xeralmente o noso, embora teñan ás veces formas desmesuradas (1) com'as dos habitantes da Croa de Santa Cristiña, que se divirten tocando a gaita e as do xigante d'ollos imitantes ós d'un touro, qu'amostra a un rapaz no Castro de Trelle o lugar ond'estan atuados grandes tesouros (2) e soilo por esceizón aparecen en corpos d'animás, com'a princesiña-serpente da Cibdade de San Cibrán das Lás, que c'unha fror na boca pid'ós mozos o bico qu'ha desencantala.

Craro está que por mor da cativeza das nosas informazós en col d'iste curruncho do abondoso folk-lore galego, non é doado investigar os vieiros pol-os que moitos d'istes relatos, que teñen indudabres paralelos no W. e no N. da Europa, viñeron inxertarse na vida maravillosa dos nosos mouros castrexos, mais si faremos notar que moitas d'elas com'as da trabe d'ouro e d'alquitrán e a merca ou roubo de gando, aparecen singularmente espallados e repítense case de cote en tod'a Galiza.

FLORENTINO L. CUEVILLAS
E FERMÍN BOUZA BREY.

(Dibuxos e fotografías dos autores e de D. Roberto González del Blanco).

(Concluirá).

---

(1) Castillo, Op. cit., pág. 24. As formas xigantescas dos mouros parez qu'andan mais d'abondo no N. que no S. da Galiza.

(2) Castillo, Op. cit., cita unha tradizón semellante i-estabrece o seu paralelo con outra irlandesa.

SECCIÓN OFICIAL

OTRO DONATIVO PARA LA ACADEMIA

UN ESCAPULARIO Y UN RETRATO DEL ALMIRANTE EULATE

En Barcelona, en su morada sencilla de la calle de Mallorca, inculcando a sus dos nietos —oficiales de la Armada— el amor a la patria, confortado en su dichosa longevidad por la filial ternura de la genial escritora Carmela Eulate, su hija, vive octogenario un ilustre gallego, ferrolano, el Almirante D. Antonio Eulate y Fery, figura prestigiosísima de nuestra Marina de guerra.

Este bravo marino que pasó toda su dilatada carrera sobre el mar, sirviendo en setenta y un bajeles del Estado, sin haber pedido en su vida militar otra licencia que la de cuatro meses por enfermo, coronó su brillantísima hoja de servicios con su heroico comportamiento en el combate de Santiago de Cuba, mandando el crucero *Vizcaya,* que jugó tan brioso papel en la tragedia y el que, tras denodada resistencia contra toda la escuadra americana, en la que fué herido de gravedad su primer jefe, muertos y heridos la mayoría de sus tripulantes y presa el navio de las llamas, fué a estrellarse contra los roquedales de Aserraderos, manteniendo izada en el tope la bandera de combate.

Ningún homenaje, ningun diploma honorífico podría halagar más al insigne combatiente, que el recibido de sus adversarios al entrar prisionero en el *Yowa,* rusientes aún las poderosas bocas de fuego que habían aniquilado la valiente escuadra de Cervera. Formada la guardia de honor del acorazado americano y cuando el marino español desceñía su sable para entregarlo al comandante, éste, rehusando recibirlo le dijo: «No me pertenece; el *Vizcaya* se ha rendido a fuerzas cuadruplicadas y sois merecedor de conservar tan glorioso trofeo.» ¿Qué espada de honor pudieran regalar sus compatricios al valeroso Eulate, que superase en traducción honrosa a su propio acero, devuelto por sus enemigos vencedores, al único brazo digno de empuñarlo?...

El general Eulate, respondiendo delicadamente a ruegos del que traza estas líneas, le envió para nuestra Academia, dos recuerdos personalísimos, que unidos a los que ya posee la Corporación, del inolvidable Méndez Núñez, constituyen un sagrado depósito, un inestimable tesoro histórico. Eulate ha regalado un retrato suyo con dedicatoria, hecho en la

Habana a bordo del *Vizcaya;* y el escapulario teñido con su sangre al ser herido en la batalla naval del 3 de Julio de 1898.

La fe y el heroismo; la religión y la patria; el deber sagrado y el patriótico; la devoción a la Virgen del Carmen y el santo amor a España, ligados están por sangre generosa en un trozo bendito de estameña, que encierra en su pequeñez una enorme significación, cristiana y cívica. En el escapulario empapado en la sangre de Eulate, están depositados los besos y las plegarias del católico, las ofrendas del patriota y los inefables auxilios que demanda y obtiene de lo alto, quien cree en Dios y espera de Él, el supremo aliento en las trágicas asechanzas de la vida. Por eso escribe el héroe, realzando el valor religioso de su donativo: «el escapulario que llevé puesto el 3 de Julio de 1898 al ser herido, y que con el honor y la vida salvé aquel día.»

Sepa el venerable anciano que reposa en tierra catalana su azarosa vida de glorioso náutico, que aquí en su amada tierra vernácula, recibimos su escapulario del Carmen, —su escudo de creyente y de caudillo— con toda la unción que nos evocan los altares de Dios y de la patria, en los que consagró su sangre este hijo excelso de Galicia que, distante de ella, se la ofrenda reverente en el místico relicario de una prenda devota.

NARCISO CORREAL.

La carta dirigida por el Almirante al Sr. Correal, dice así:

«Barcelona, 18 de Mayo de 1926.

Sr. D. Narciso Correal.

Distinguido amigo: Contestando a su atenta carta en la que me pide algún objeto personal que figure en el museo de recuerdos de la Academia Gallega, sólo puedo remitir a usted ese retrato hecho en el *Vizcaya*, en la Habana, y el escapulario que llevé puesto el 3 de Julio de 1898 al ser herido, y que con el honor y la vida salvé aquel día.

Tengo dos nietos marinos de guerra entusiastas por su carrera y que aprenden de mí el amor a la patria.

Queda de usted afectuosamente amigo y paisano.

ANTONIO EULATE.»

Con esta carta recibió el Sr. Correal otra, sentidísima, de la señorita D.ª Carmela Eulate, hija del ilustre Almirante, de la cual entresacamos el siguiente párrafo:

«En estos meses ha recibido (el Sr. Eulate) testimonios de lo que

representó su actuación personal en Santiago de Cuba, pues hemos tenido en Barcelona una escuadra americana, y el Almirante Mr. Wells, vino a visitarle, y con grandísimo afecto también vino el comandante del acorazado americano *Pittsburg*, que es el hijo del Almirante Evans, el que sobre la cubierta del *Yowa*, devolvió a mi padre su espada. Posteriormente Mr. Evans remitió a mi padre los libros del suyo, en los que relata el combate del 3 de Julio, y rinde homenaje al valor de los marinos españoles y especialmente al de mi padre.»

La Academia agradece profundamente al insigne general, donativo tan patriótico, el cual, en unión de las dos citadas cartas —que le servirán de auténtica—, hállase ya expuesto en la misma vitrina, y al lado, de los objetos que pertenecieron al inmortal Méndez Núñez, recientemente entregados a nuestra Corporación para su custodia.

EL CAPITÁN AVIADOR DON JOAQUÍN LORIGA

Tan pronto como la Academia tuvo noticia de la feliz llegada a Manila de la escuadrilla aérea mandada por nuestro ilustre paisano D. Joaquín Loriga, se apresuró a telegrafiar al insigne aviador, felicitándole por su feliz arribo a la capital de las Filipinas.

Al mencionado cablegrama, contestó el Sr. Loriga con el siguiente:

«Real Academia Gallega.—Agradecido felicitación, ruego transmita todas Sociedades gallegas que me han felicitado, mi profundo reconocimiento.—*Loriga.*»

Ignorando la Academia cuales Sociedades regionales felicitaron al heróico capitán, viéndose de este modo imposibilitada de cumplir tan honroso encargo, se dirigió a la Prensa periódica diaria para que hiciese pública la noticia a fin de que llegase a conocimiento de todas las Sociedades interesadas.

OBRAS ADQUIRIDAS POR COMPRA PARA LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA

Con cargo al capítulo de gastos para adquisición de libros, conforme al plan presentado al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, se compraron recientemente, los que siguen:

Representación que hace el Licenciado D. Cosme Antonio Rodríguez Seoane al Supremo Consejo de la Regencia, demostrando las equivocaciones que padeció el Caballero D. Joaquín Tenreiro en la que dirigió cautelosamente al Augusto Congreso con fecha 6 de Septiembre del año anterior, y más documentos que contiene el que llama expediente relativo a la reconquista de Vigo y sitio de Tuy, gracias en su virtud concedidas, etc.—

Índice de la España Sagrada, por Angel González Palencia.—*Diálogos sobre la utilidad de las Medallas antiguas*, por José Addison.—*Catálogo de las Medallas, camafeos, monumentos antiguos, etc.*, por Pedro Alonso O-Cronley.—*Catálogo de las obras de arte existentes en el Palacio del Senado.*—*«La Gallega», nave capitana de Colon*, por Celso García de la Riega.—*Nouvelle methode raisonné du Blason ou de l'art heraldique*, por el P. Menestrier.—*Discursos de medallas y antigüedades*, por el Duque de Villahermosa.—*Cartilla de Numismática o Repertorio de las palabras técnicas de la ciencia de las medallas*, por Basilio Sebastián Castellanos.—*Sucesos de las Islas Filipinas*, por Antonio de Morga.—*El Colegio de Misioneros de Herbón a través de los siglos*, por el P. Ramón M.ª Blanco.—*Examen de la posibilidad de fijar la significación de los sinónimos de la Lengua Castellana*, por José López de la Huerta (dos tomos).—*Poesías caballerescas y orientales*, por el P. J. Arolas.—*Diccionario Español-Portugués*, por Manuel do Canto e Castro Mascarenhas (tres tomos).—*El Arte en España y Portugal*, por Marcel Dieulafoy.—*Por tierras de León*, por el P. César Morán.—*Historia general y descripción de tos trajes y costumbres en la edad media* (tres tomos).—*Sinónimos castellanos*, por Roque Barcia.—*Diccionario de los nombres propios de hombres y mujeres en castellano, latín, francés e italiano*, por Agustín Alvarez Pato y Castrillón.—*Scripturæ Hispanæ Veteris*, por Jesús Muñoz Rivero.—*Firmas de los Reyes de España*, por el mismo.—*Vida pública y privada de los griegos*, por Paul Guiraud.—*Don Quijote de la Mancha*, por Miguel Cervantes, publicado por la Real Academia de la Lengua y comentado y anotado por Juan Antonio Pellicer (cuatro tomos).—*Boletín Histórico*, publicado por José Villaamil y Castro y otros (siete tomos).—*Memoria de los trabajos realizados en 1922-1923 en el Monte de Santa Tecla en Galicia*, por Ignacio Calvo Sánchez.—*Documentos, inscripciones, monumentos, etc., para la Historia de Pontevedra*, por la Sociedad Arqueológica de dicha ciudad (tomo II).—*Memorias de Enrique IV de Castilla*, publicadas por la Real Academia de la Historia.—*Memorias de las Reinas Católicas de España*, por el P. Enrique Flórez (dos tomos).—*Viaje de Ambrosio de Morales, por orden de Felipe II, a León, Galicia y Asturias*, publicado por el P. Enrique Flórez.—*El Regionalismo en Galicia*, por Leopoldo Pedreira.—*Historia de la Ciudad y Corte de León y de sus Reyes*, por el P. Manuel Risco (dos tomos).—*Arco Iris de Paz*, por el P. Pedro de Santa María y Ulloa.—*Descripción Topográfico-Histórica de la Ciudad de Vigo, su ría y alrededores*, por Nicolás Taboada y Real.—*La Arquitectura cristiana en la provincia de Orense durante el período medioeval*, por Arturo Vázquez

Núñez.—*Primeira decada de Asia*, por João de Barros.—*Redondilhas*, por Luis de Camões.—*Compendio de la vida, martirio, traslación e invención del glorioso Cuerpo de Santiago el Mayor, Apóstol de J. C., Patrón de las Españas, con una breve noticia del Jubileo y gracias Pontificias de su S. A. M. Basílica, frecuentes peregrinaciones de los fieles de todo el orbe católico, decidida protección a los Monarcas Españoles, y sus esforzados Capitanes en las guerras con los infieles, y la historia cronológica de los Iltmos. Obispos de Iria, y Arzobispos Compostelanos*, por Evaristo Alvarez Lozano.—*Archivo Histórico Nacional. Clero secular y regular. Inventario de procedencias*, por Joaquín González.—*Iglesias Mozárabes. Arte español de los siglos IX a XI*, por M. Gómez Moreno. —*Os Açores a Colombo. (Libro do centenario de Colombo no archipelago açoriano).*—*Memoria das moedas correntes en Portugal desde o tempo dos romanos até o ano de 1856*, por Manuel Bernardo Lópes Fernándes.—*Memoria das medalhas e condecoraçoes portuguesas e das estrangeiras com relaçao a Portugal*, por el mismo.—*Cançoes populares da Beira, acompanhadas de 58 melodias recolhidas directamente da tradiçao oral*, por Pedro Fernández Thomás.—*Los foros de Galicia, Asturias y León*, por el Marqués de Camarasa.—*Xan Deza*, por Benito Vicetto.—*Some account of gothic architecture in Spain*, por George Edmund Street (dos tomos).—*Semblanzas Galicianas*, por Jesús Muruais.—*Inocencia* (novela), por Gonzalo Brañas.—*La olla del Diablo*, por R. Segade Campoamor.—*Cantos de la Infancia*, por Narcisa Pérez Reoyo, con un prólogo de Manuel Murguía.—*Coroa de morte, dedicada a Teodosio Vesteiro Torres*, por O tío Marcos da Portela.—*¡Un yerno!* (comedia), por Ramón Taboada.—*Cartilla agraria para las escuelas rurales de la provincia de Lugo*, por José Jorge de la Peña.—*La escritura y la imprenta desde sus primitivos tiempos*, por Lorenzo Gómez Quintero.—*La Catedral de Santiago.*—*Museo de las Familias.* (Años 1843 a 1846 y 1857 a 1859).—*Derrota de los ingleses en Buenos Aires el 5 de Julio de 1807* (silva), por Manuel Pardo de Andrade.—*Guía del viajero en Santiago*, por Ramón Alvarez de la Braña.

Litografía e Imprenta Roel—Coruña